

Mecenas, el último etrusco



Mecenas, el último etrusco

Antonio Cussen

Cussen es autor de un libro de versos en que introduce a Mecenas, el célebre consejero y amigo de Augusto, dictando a su amanuense unas cartas-poema para Virgilio y para el emperador. En ellas Roma vive el esplendor de su gloria y el cansancio de su declinación, y los personajes descubren la profundidad de su alma en el marco de un acontecer histórico vetado de melancolía.

Maecenas, the last etruscan

Cussen is the author of a book of verses where he introduces Maecenas, the renowned counselor and friend of Augustus', dictating some poem-letters for Virgil and the emperor to his secretary. In them Rome lives the splendor of its glory and the tiredness of its decline, and the characters discover the depth of its soul within the framework of a historical happening devoid of melancholy.

Mecenas, el último etrusco

Antonio Cussen

Sociedad Chilena de Estudios Clásicos

Hay aquí, en Santiago, un escritor y poeta que con su pequeño libro de versos, titulado *Mecenas*¹ ha descubierto y dado a conocer en Chile la compleja y fascinante personalidad del célebre consejero del emperador Augusto. Los versos nos trasladan a la Roma de Augusto y nos permiten vivir la historia, las letras, la política de ese tiempo a través de unas cartas que se suponen escritas por Mecenas en su pequeño refugio, la Torre o el Mirador de fin del mundo. La guerra y la paz, la pasión y el cansancio, los sueños y las nostalgias de una época gloriosa al borde de un lento colapso, se asoman en estas páginas que parecen sacadas de un diario de vida por largo tiempo sepultado bajo el peso de los siglos, y hallado misteriosamente por azar.

¿Conocían los chilenos a Mecenas, antes de que apareciera este libro? ¿Lo conocían esos chilenos –y no chilenos– que nos pasamos la vida espigando antiguos textos de historia romana y de literatura latina? En verdad, creo que lo estamos conociendo sólo ahora gracias a Cussen, y los secretos de la vieja Roma ya no son tan secretos... si sabemos leer entre líneas.

De ese libro hemos seleccionado unos poemas –y la elección no ha sido fácil–; los primeros pertenecen a una sección que se titula “*El Memorandum*”, que es la primera; los otros, a la última, llamada “*El testamento*”. En la primera página el autor nos introduce en la situación:

“Mecenas ha quedado a cargo de Roma mientras las naves del César se deslizan por las costas orientales de Italia. Todo el Mediterráneo se prepara para la batalla final. Con las primeras señales del triunfo se llena de amigos la villa de Mecenas. Pero él no resiste la llamareda del mundo y sube a la torre para dirigir una carta a Virgilio, su poeta amigo”.

¹ Editorial Universitaria, Santiago 2001.

Dice Cussen:

“Imaginé a Mecenas dictándole esta carta a su amanuense Pausanias y revisando algunos episodios de su agitada vida”.

La carta la dirige a Augusto, pero en realidad todo su círculo está involucrado:

“su mujer Terencia, los poetas Virgilio, ya muerto diez años antes, y Horacio, que moriría el mismo año que Mecenas”.

Y concluye:

“En este poema cobra voz el célebre protector de la literatura, prototipo del patrono de las artes. Entra por fin en escena el alma de toda una época para poder volver a descansar tranquila en las sombras”.

Giuseppina Grammatico

De: *El Memorándum*

Esta noche, Virgilio, las estrellas
se han metido en mi mente con un raro
zumhido.

Sólo la Luna alumbra el firmamento,
cumpliendo las palabras del oráculo:
*Y si la Luna anula a los planetas
será el fin de la lengua y de los dioses.
Nuevos dioses y lenguas nacerán
de sus cenizas para que no cese
jamás el movimiento de mil vueltas.*

Desde mi mirador de fin de mundo
anticipo tus futuros poemas.
Te veo recostado en el diván
de las terrazas de tu villa en Nápoles,
admirando el Gran Año de mil años
que retoma su gira con un magno
acorde. Toda Roma rumorea:
*La guerra está ganada y en sopor
las regiones beligerantes.* .

Álzate, Virgilio.

Esta noche se anuncia un nuevo Sol.
La inteligencia brilla que se quiebra.

(p. 12)

Virgilio, escucha. Nadie como tú
 tiene el ojo y la mira tan en alto.
 Me alegra la felicidad que anuncias
 en la más sibilina de tus églogas.
 Con tus versos encenderás las mentes
 más distantes, alumbrando los hoyos
 del espacio. Sigamos el modelo
 de Eneas, el primero en arribar
 a estas costas, sometiendo a obediencia
 a todos los rebeldes insumisos
 que desordenan el bello futuro.
 Hagamos renacer la monarquía
 divina con los auspicios de César,
 el Príncipe del Senado Romano.
 Que tu poema sea una reserva
 de placer propio, con las más hermosas
 frases de los poetas siempre vivos.
 No es nada aconsejable ingresar solo
 al centro oscuro del eterno olvido.
 Y, por favor,
 pongamos fin a la puerilidad
 pastoril. Constrúyeme un templo
 ante el cual tus dos primeros libros
 no sean ni capillas.
 (p. 18)

Me alarma, me preocupa la salud
 del Príncipe. Ya han partido mis médicos
 con cuatro naves cargadas de nieve
 para enfriar su fiebre y sus humores.
 No nos sirve de nada haber ganado
 la guerra si agoniza y se nos muere
 sin dejar sucesión. Es una lástima
 que haya tomado por esposa a Livia,
 esa mujer con las entrañas secas
 que me ha vetado un Príncipe Heredero
 y complica mis proyectos dinásticos.
 Pero nada nos para. Tú lo dices:
*Ya hemos pacificado todo el orbe,
 los planetas renuevan su gran gira.
 Un niño crece y es la imagen del cosmos.*

*Ese niño es Marcelo y por su sangre
fluye sangre de César.*

Continúa educándolo y contándole historias.

Cuando suba el sol, déjalo que baje
a la playa y que se nutra del mar,

las rocas y la arena y los amigos.

Se me ha ocurrido lo siguiente. A ver

qué te parece: cuando destrocemos
al enemigo y nuestras barcas vuelvan

trayendo a Cleopatra y sus tesoros,

honraremos al Príncipe llamándolo

Augusto. Luego Augusto nombrará

heredero a Marcelo, su sobrino,

el que pronto será su propio hijo

y su yerno, si se casa con Julia,

su única hija, más bella que luna

iluminando el cielo. Encenderán

juntos la hoguera que apague la noche,

y en unos pocos años más, cumplido

el tránsito a la plena monarquía,

a Marcelo lo llamaremos Rey.

Él será la luz de judíos, persas

y romanos. Virgilio, anda pensando

en su coronación. Elaboremos

un rito de novedosos cortejos

que rememoren los juegos ecuestres

y los modales de alegría etrusca.

Se me eleva el espíritu si pienso

en mi hermoso espectáculo. Aquí invoco

los balbuceos de la Sibila.

Aquí invoco la órbita de los

siglos. Las imágenes no purgadas

recobran la pureza del principio.

En este instante vivo en la gloria

y se me olvida todo lo que vendrá.

(pp. 19-20)

De: *El Testamento*

Octavio, César, Príncipe, Augusto:
te hemos llamado de tantas maneras
y nunca te he hablado con el desborde
que brota de sensaciones potentes.
Lo que callé allá adentro me atormenta

con la cohesión de un instinto sofocado.
 Pero aún me quedan unos pocos soplos
 y he dispuesto que junten mis papeles
 para que Pausanias les ponga mala cara.
 Cuando yo muera, leerás estas frases
 que parecen versos. Es para darle
 decoro a la palabra testamento
 y sacudirle a la muerte su mal aspecto.
 Pongo en tu custodia mis posesiones;
 tú sabrás qué hacer con la colección
 de piedras, esculturas y jardines,
 y las tres o cuatro villas que me quedan.
 (p. 45)

Antes de levantarme en la mañana
 repito la oración del gran rechazo
 y digo que no, que no y que no
 a las caricias del infinito amor
 que todavía me tengo. Cuando cae
 la tarde llamo al viejo Pausanias
 y me entretengo oyéndolo hablar.
 De noche, ya cansados de no hacer nada,
 nos ponemos a revisar el testamento.
 Le pido que sólo tenga palabras
 que crucen el filtro de la desidia.
 Después, en la cama, Terencia trata
 de adormecerme con odas de Horacio,
 pero mi desvelo nunca termina.
 Si tu mente es una lámpara, la apagas;
 ¿pero cuando es un sol?
 (p. 46)

Ya no leo, ni escribo, ni me inclino
 por nada. Paso el día en mi sillón
 de lona liviana, con los volúmenes
 envueltos y la memoria abolida.
 Pero tú no eras Príncipe ni yo
 tu guía. No contábamos los años
 y nos sobraba la voluntad de exceso.
 Nos sentíamos en alza perpetua,
 impulsados por la gran admiración

y alta estima con que nos contemplábamos.

Los veranos partíamos con bandas
de música a las villas de los Césares;
nadie seguía el pulso de la polis.

Los devotos sectarios de Pitágoras
bajaban con sus túnicas de lino
a las playas de Nápoles. Los vimos
una tarde entonando cantos místicos
junto al ciprés del roquerío. El sol
se iba hundiendo y los vientos se subían
por las olas calmándolas. Cantamos
a coro y fuimos por nueve semanas
neófitos ungidos de pureza.

Fragilidad de fervor nos condujo
a una villa de exaltada prudencia.
Las cosas se contaron como son
y vivimos en la más quieta calma
—el éter eterno siempre sin nubes—
soñando sueños sin mañana. Y cuando
nos tentaba tierra, recitábamos
el remedio maestro de Epicuro:
No temer a los dioses. No temer
a la muerte. Es posible conseguir
el bien que no perturba. Será posible
allanar el peor de los dolores.

(pp. 48-49)

Te hará reír la calma de mi lengua
cuando todo lo mío es un exceso,
pero dicto en estado de distensión.
Ahora todo se ilumina
y sé cómo torcer mi dolor
para sondear el fondo de mi fracaso.
Me perdí entre modales y sonrisas;
entregué mi alma a componendas;
fui un espejo de pasiones ajenas,
nunca el faro de mis propias pasiones.
La inteligencia que anticipa
lo que los fatuos proclaman.
Dije que sí a todo. Concordaba
con los puntos más contradictorios.
Eran todos tan razonables.

(p. 50)

No sé de dónde sale lo que digo,
pero no soy nada que no es de ahí.
Antes de que llegáramos, la tierra
andaba a la espera de un quiebre estelar,
pero ahora gozamos de una paz
quien dijera perpetua. Nadie nota
la perseverancia del deterioro.

Augusto,
yo estaba en Atenas cuando asumiste
como sumo pontífice: no supe
si llegaste a Roma en barco o en burro.
Y dime, ¿cómo lo haces para soportarte
en el poder? ¿Cuántas cuotas de cálculo
le dedicas? ¿Qué razón tiene el peso
de la serena sentencia del sabio?

*A los dioses no les incumbe ni les distrae
quiénes son los que mandan en la tierra.*

Ellos saben que son los amos.

(p. 51)

Algo me consuelo para seguir
dictando un poco. Siento una sensación
que me guía de lo puro tenue.

Te conseguí los mejores talentos
para que le dieran ritmo al futuro
y nos ayudaran a ser más allá
de lo que somos. Les di todo
lo que me pedían, y los dejé a salvo
del peso de las posesiones. Tú sabrás
evaluar el empeño de tus poetas,
de las obras que nos dejaron
y que con mi muerte te entrego.

Las cosas fallaron y conocimos
el tamaño de nuestra inocencia.
Soñábamos con una nueva aurora
y era apenas la caída de la noche.

Pero es de noche cuando levanta
su vuelo el búho de Minerva,
y sólo entonces los poetas dibujan
una órbita nueva y más amplia.

Nos acercamos a ese nuevo misterio,
nuestro nuevo terror.

(p. 59)

Seré un cadáver exquisito.
 Todos ya hablan del agotamiento
 mórbido de mi sangre. Murmuran
 que fui un hedonista ególatra y perezoso.
 Yo sabía que tratarían de reducirme
 si tú aumentabas mis reservas.
 Yo sabía que la libertad de mi comportamiento
 no sería tolerada, y menos por los ineptos
 que ahora te rodean, malgastando
 sus malos dogmas en desprestigiarme.
 Pero los que me atacan nunca sabrán
 que todo lo hago por ese arte
 de no comprometer lo esencial
 con una estúpida atención a lo superfluo.
 (p. 60)

Me imagino llegando tarde a mi entierro.
 Me quedo fuera de las pompas,
 conversando en bajo tono con mis amigos
 y meditando sobre la intrascendencia
 de la muerte. Pero entro después de un rato
 y te veo a ti con cara de vela.
 Terencia está al otro lado del templo
 con una pena muy honda en sus ojos.
 Quiero que metan mi cuerpo
 en un sarcófago de barro cocido
 con ramos de olivo y álamos negros.
 Terencia me pondrá una lápida
 que no llevará mi nombre
 porque las llamas no se llevarán
 ni mi vida ni mi muerte.
 Pero aún no termino. No quiero
 que mi mente me abandone todavía.
 Pausanias, anota estas líneas
 que guardo de Figulo el pitagórico.
 Éstas fueron sus últimas palabras:
*A expensas de mis pobres herederos,
 he amasado una obra que ni yo
 considero inmerecida.*
*Si mis fuerzas no mandan en Italia
 es que el cielo ha querido el funeral*

*de este nido de arpías. Que se pudran.
No quiero ni el olor de estos romanos.
Me voy hacia las islas del destierro,
y cuando me sofoquen mis suspiros
quedará al descubierto el desamparo
de los profetas. Duraré si la
Rueda de la Necesidad dispone.
Si no, cruzaré de un tranco los nueve
ríos y veré con un ojo en fuego
la combustión del tiempo en un gran ya.*
(pp. 62-63)

No sé cómo seguir. Tengo dos voces.
Una viene de la mente inspirada,
la otra del destello que dejó mi visión.
(p. 64)

Sé que daría la vuelta entera
para volver a vivir la vida.
Gocé de instantes
cuando sentí que las cosas
antes de llegar a ser
ya existían.
(p. 65)

Augusto, te saluda Terencia.
Aquí estoy con el cuerpo de Mecenas.
He pedido que nadie me acompañe.
Mientras traen la leña para armar
la pira funeral, me trago a solas
mi dolor. Están llenos los jardines
de emisarios, señoras y gente tuya.
También hay algunas amigas de verdad.
Y está el estafeta de las condolencias.
Te lo agradezco, Augusto, de veras.
Yo sé que no hay forma de que abandones
tus deberes, desatiendas las revueltas
continuas o dejes de revisar el listado
de honores, tributos y castigos.
Te mando esta nota para que leas

el testamento de Mecenas.
No te sorprenderá que esté dirigido a ti.
Pensándolo bien, si tú ya eres dueño
de toda Roma, lo mínimo es que Mecenas
te deje todos sus bienes. De mí
no te preocupes. Nunca necesité
los regalos de nadie. Ni de Proculeyo,
ni de Murena, ni de Mecenas, ni menos
de ti. Mi mensajero tiene órdenes
precisas de entregar en tus manos
el testamento al mediodía, no antes.
Tendrás así que esperar un poco.
Mis rencores exigen una última
cuota y quiero que estés levemente
irritado cuando leas lo que te escribo.
Mecenas fue mi hombre y con su muerte
me quedo seca y vacía. Él supo encender
en todos lados la belleza. Y me llegó
muy adentro lo que me dijo justo antes
de morir: *Amé tu voz pero más amé tus ojos. Amé tus ojos
pero lo que más amé fue tu piel.*
Esta tarde haré rastrear la torre
y la villa, y todo lo que tenga una marca,
una letra, un verso, será recibido
dulcemente por la hoguera. Pausanias,
ya no corrijas más las palabras
de Mecenas, ni tampoco las mías.
Llévale a Augusto estos papeles.
Esta noche parto a mi isla
para morir sola entre las olas.
Y si cambio de parecer, entraré
a las ciudades, visitaré los puertos,
y si me da la gana montaré
un volcán. Llegaré a la cumbre
y ahí inventaré el baile
de la nieve y la lava.
(pp. 66-67)